

# A POCO MÁS DEL CENTENARIO DEL CINE. RECOGIENDO MIGAJAS

JOSEP M. VILAGELIU



A lo largo de varias tardes, en la pequeña y excesivamente alargada Sala 4 de los Multicines Agüere, ubicada en el casco histórico de la ciudad de San Cristóbal de La Laguna, se reunieron durante el mes de mayo de 1997 una serie de expertos en las diversas materias del cine —exhibición, distribución, producción, divulgación—, para hacer un balance de lo que había dado de sí el cine en Canarias durante un siglo. Se cumplía, casi, el centenario, ya que en abril de 1897 el empresario palmero Miguel Brito presentaba el Kinetoscopio en el Círculo Mercantil de Santa Cruz de Tenerife e iniciaba las gestiones con el Ayuntamiento para una proyección pública en el teatro Municipal, que culminaron en un estrepitoso fracaso<sup>1</sup>, como ha sido habitual en la mayor parte de las negociaciones con los agentes públicos y que ha llevado a que, más de cien años después, todavía no exista una política clara respecto al cine ni se haya podido consolidar una mínima infraestructura a la que pueda darse el nombre de industria del cine.

La mayor parte de estas conferencias, organizadas por el Departamento de Historia del Arte de la Universidad de La Laguna y que iban acompañadas de la proyección de algunas de las películas más representativas rodadas en Canarias, fueron recogidas en la *Revista de Historia Canaria* varios años después, lo que supuso un hito histórico, ya que era la primera vez que esta decana revista de Historia del Departamento de Publicaciones de la Universidad de La Laguna se preocupaba lo suficiente como para dedicar un mínimo dossier al estudio del cine en Canarias, tratándose del arte más representativo del siglo XX y ligado por más de una razón a la historia, pasada, presente y futura de nuestro tiempo.

Escasos, y casi siempre insuficientes, han sido los libros publicados hasta la fecha que analicen de un modo parcial o con pretensiones de exhaustividad el



cine en Canarias. En 1981, Edirca se atrevía con un libro del escritor Carlos Platero, un simple aficionado al cine que había acudido a unas jornadas sobre temas canarios y se vio impelido a escribir este libro al comprobar desolado que apenas se había escrito nada en tantos años, y lo que había eran notas periodísticas desperdigadas aquí y allá mientras que las películas se encontraban en paradero desconocido, por lo que había que acudir a la memoria, teñida en general de nostalgia, que convertía en titánicas hazañas la realización de filmes, como *La hija del Mestre*, versión muda de una zarzuela de tema canario, de la que tantos en Las Palmas se acordaban por haber intervenido en ella como figurantes. El libro, titulado con laconismo *El cine en Canarias*, quedó como referencia obligada durante varios años, a pesar de no tener el rigor histórico que el tema requería.

El 1996 el Organismo Autónomo de Cultura del Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife inicia una nueva colección de librillos y el número 2 está dedicado al cine. Obligados por el reducido número de páginas de esta colección, los autores, Aurelio Carnero y José Antonio Pérez-Alcalde, limitan su contribución a la historia del cine en Canarias a lo acontecido en la capital de la isla de Tenerife, quedando patente la humildad de su empeño en el mismo título: *El cine en Tenerife. Apuntes para una historia*.

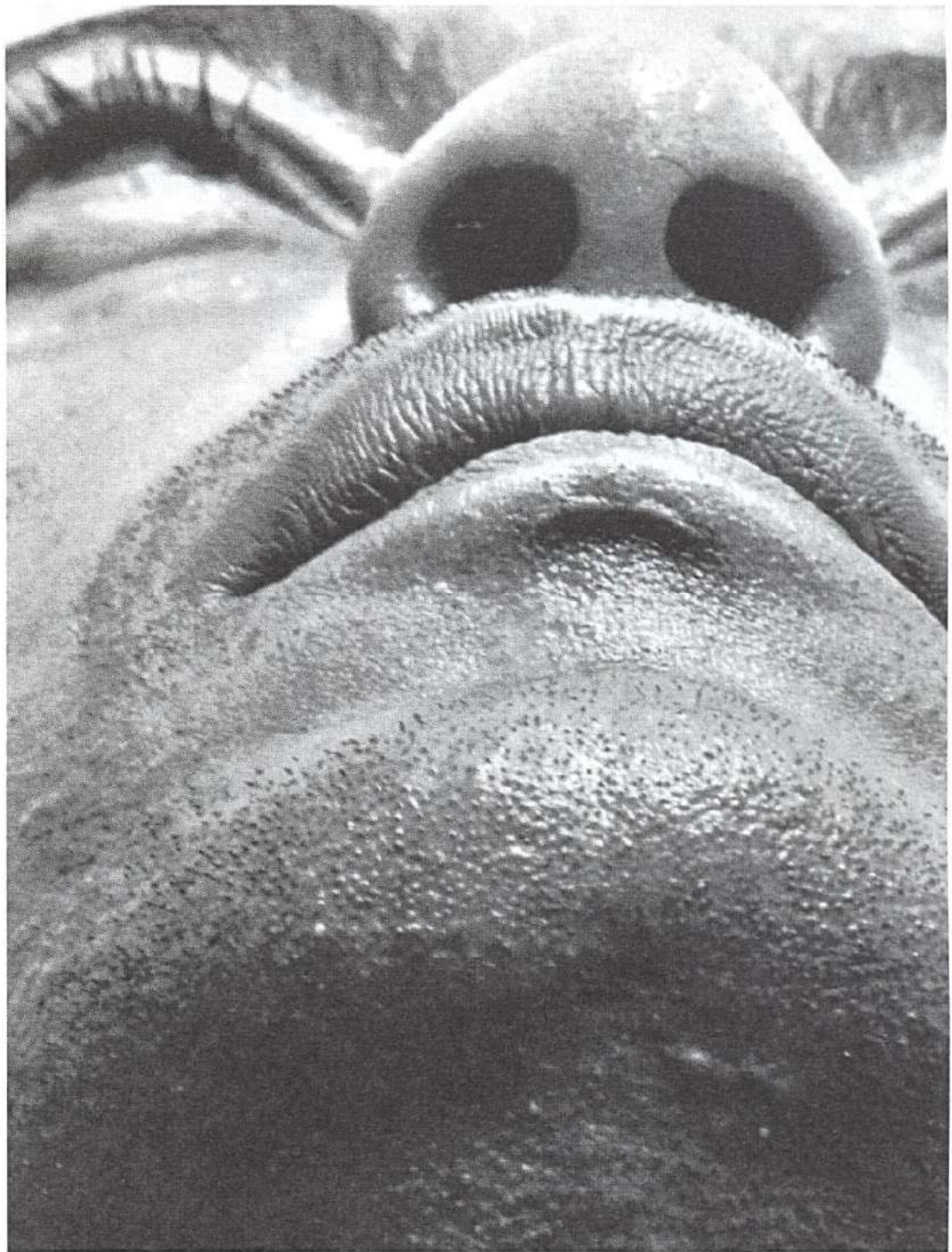
Mayor es el empeño del libro que publica en diciembre de 1997 el Cabildo Insular de Gran Canaria con la colaboración de la Filmoteca Canaria, con la excusa de un ciclo de cine canario proyectado en las islas capitalinas, coincidiendo con el aniversario: *Un siglo de producción de Cine en Canarias. Textos para una historia*, coordinado por Sergio Morales y el director y guionista Andrés Koppel, director de la Filmoteca en aquellos momentos. Los colaboradores se reparten la tarta cronológica en períodos un tanto aleatorios (de los orígenes a los años 40, de los 40 a los 60, de los 60 a los 80, etc.) más dos artículos centrados uno en los fructíferos años 70, a los que tendremos que referirnos más adelante, y al cine periférico, es decir, el cine en las islas menores, con referencia explícita a lo acontecido en la isla de La Palma, de donde procedía el pionero Miguel Brito.

En el año 2000 se publican el mencionado dossier sobre cine canario en la *Revista de Historia Canaria* en su número 182 y un trabajo de las investigadoras belgas Isabelle Dierckx y Katia García que titulan "*Cine canario...*" un espacio abierto y que aparece en el Cuaderno número 12 que edita la revista *Cuadernos del Ateneo*, junto a una Cronología





*Festivalito 2004, Cines del mundo*



Fundamental (1896-1998) de gran utilidad por su fácil consulta. Las autoras de este trabajo ponen en duda la existencia de un cine canario, situándolo entre comillas y seguido de puntos suspensivos. Rastrean en un muestreo de películas realizadas a partir de los años setenta la aparición de motivos recurrentes que marquen de algún modo, diferenciándolo, una manera de ser del cine canario: este inventario de posibles temas queda restringido a la permanencia de dos temáticas sociales, la colonización y la emigración y su relación con Hispanoamérica, así





como la sintomática ausencia de problemáticas actuales de la sociedad canaria en la mayor parte de las cintas rodadas por autores canarios. También ellas descubren un cine olvidado, el cine amateur de los años setenta, situándolo en el contexto de los convulsos años de transición y de la eclosión de los cines nacionales.

Por otro lado, el catedrático de Historia del cine Fernando Gabriel Martín y el escritor Benito Fernández Arozena publican una investigación centrada en el cineasta José González Rivero, autor de la emblemática película *El ladrón de los guantes blancos*, rodada en La Laguna en 1926 y ambientada en las cercanías de Londres, además de numerosos documentales y noticiarios de gran valor histórico para la recuperación de nuestro pasado isleño, como las Fiestas del Cristo de 1922, la llegada del raid aéreo Larache-Canarias y una excursión al pico del Teide en 1924 (el mismo año en que Leopoldo Alonso filmaba por primera vez la isla desde el aire) y las diversas Revistas de asuntos tinerfeños. *Ciudadano Rivero. La Rivero Film y el cine mudo en Canarias*, publicado por el Ayuntamiento de La Laguna en 1997, trata de esclarecer dos misterios que envuelven en un halo ominoso los esfuerzos de Rivero por crear una industria del cine en Canarias, peleándose de continuo con las administraciones públicas que hubieran podido ayudarle en su empresa: su temprana muerte en 1933 de un disparo en el bar del Hotel Aguere de La Laguna y la posterior desaparición de la bobina en la que se contaba precisamente el robo del collar al que hace referencia el título, en el transcurso de una fiesta con una gran cantidad de invitados.

Dos años después, en 2002, el Ayuntamiento de La Laguna publica *El espectáculo cinematográfico en La Laguna. Desde sus inicios hasta la guerra civil*, del investigador Enrique Ramírez Guedes, premio de Investigación Histórica “Elías Serra Ráfols” correspondiente al año 2000, que se centra preferentemente en el período mudo y a las actividades de la Rivero Films y acotando el estudio al municipio de La Laguna. El libro pasa de puntillas por el Ateneo lagunero en relación a la inauguración del Teatro Leal en 1915, pues cita una mención al proyecto del Ateneo, aparecida en *La información*, de realizar un acto literario-musical llamado Fiesta de las Hespérides el 11 de septiembre, un precedente de la actual Fiesta del Arte, que el Ateneo llevó a término aún sin terminar las obras del edificio, dejando para la inauguración oficial una representación teatral de la compañía del Teatro de la Comedia de Madrid. En el mes de noviembre y auspiciado por Rivero, se inician las proyecciones cinematográficas, con el pase de la superproducción





italiana Cabiria (Giovanni Pastrone, 1914), convirtiéndose de la noche a la mañana el Teatro Leal en el cine más importante de La Laguna.

Son años de recopilación de informaciones aparecidas en diversos medios de comunicación a lo largo de los años. Los historiadores acuden a las hemerotecas y a los archivos. La Filmoteca contrata a varios investigadores para que peinen cualquier referencia cinematográfica. El resultado es *Rodajes en Canarias (1896-1950)*, el primer tomo de un catálogo que incluye la ficha de todas y cada una de las cintas rodadas en el archipiélago de las que se tiene noticia, desde aquella primera película rodada por un operador de la compañía Lumière, *Mujeres isleñas de Tenerife abasteciendo de carbón a barcos de la escuadra* y que “descubriera” Dolores Cabrera Déniz en un trabajo presentado en el VIII Congreso de Historiadores del Cine en 1999, hasta la actualidad.

De alguna forma complementario a este catálogo, se publica *En pos de la ballena blanca*, editado por el Festival de Cine Internacional de Las Palmas de Gran Canaria en 2003, un intento de repensar la historia del cine en Canarias enfocándola desde el punto de vista de la mirada foránea sobre el paisaje canario, que no evita la referencia a películas rodadas por cineastas canarios en relación a esta otra mirada, que se descubre no tan contaminada por intereses espúreos, la dependencia de Canarias como destino turístico y que corrompe la visión isleña casi desde los comienzos del cine. Los diversos artículos intentan a su vez insertar el cine en el contexto de la cultura canaria, desde la mirada romántica y fundacional de Sabin Berthelot hasta el sintomático paseo del Dúo Dinámico por el Puerto de La Cruz, detectando la ausencia de un cine representativo de las vanguardias, donde sí fructificó en la pintura y en la literatura el viaje de Breton y su surreal ascensión al Teide descrita en “El amor loco”, impidiendo la eclosión y desarrollo de otro cine que hubiera podido servir de referencia e inspiración a los cineastas canarios.

¿Cuál es la realidad del cine canario en 2004? Como han hecho otros autores antes que yo, permítaseme un cierto y deliberado localismo: El Teatro Leal, que en 1915 inició su andadura como salón cinematográfico, sigue cerrado, en una permanente intermitencia de reanudación de obras, mientras que los Multicines Agüere, producto de las multiplicación de salas que proliferó en las década de los ochenta acabando con las salas de exhibición tradicionales, y que procedía del antiguo Cine Agüere, ubicado en pleno casco histórico de La Laguna, sede a su vez de aquellas jornadas sobre cine canario, único cine que se mantenía en pie en el casco de la ciudad, y que mantenía una digna programación en re-







Festivalito 2004, Cine al desnudo

lación al resto de las hiperbólicas salas del *fast food* cinematográfico, con una sala dedicada a películas en versión original, pues bien, los multicines han caído bajo la picota de la especulación, mientras la Concejalía de Cultura dice que estudia la posibilidad de hacerse con las salas e iniciar un renacimiento cultural que salve a la ciudad de un naufragio anunciado.

En cuanto a la producción, el cortometrajista sigue reivindicando su lugar en el mundo, especialmente en un mundo donde priva el dinero, y el dinero, a pesar de las Convocatorias de Ayudas del Gobierno de Canarias a través del SOCAEM, no dan





para tantos ni tan pocos largos, que precisan de la financiación de otras productoras de índole nacional para llevarlos a cabo, con la promesa de un digno estreno y una mínima distribución (por ejemplo, tanto *Piel de cactus* de Alberto Omar y Aurelio Carnero y *La isla del infierno* de Javi Caldas no tienen distribución oficial). Los jóvenes canarios, lanzados a la producción de cortos digitales gracias al milagro de la tecnología actual, deberían proporcionarnos una nueva manera de abordar el cine, mucho más libre y desbocada, pues no se deben a las fluctuaciones de la oferta y la demanda. Liberados de corsés, modas y modos obsoletos de hacer cine, deberíamos esperar de ellos la eclosión de una nueva plástica y una forma nueva de ver el mundo y representarlo. Este fenómeno, que liga creatividad con tecnología, lo vivió el cine mundial con la aparición de cámaras más ligeras en los sesenta y que coadyuvó en el desarrollo de los nuevos cines, junto a otros condicionantes de índole social que no hay que despreciar, a la par de una nueva conciencia histórica que exigía de las formas de representación un nuevo realismo de las imágenes. A nivel más doméstico, los años 70, años también de convulsión histórica y de grandes cambios en lo social y en lo económico, coincidieron con el lanzamiento en el mercado de las versátiles cámaras de Super 8 milímetros, un hecho tecnológico y comercial que posibilitó la aparición de muchos cineastas amateurs tentados por la facilidad de manejo de las nuevas cámaras y proyectores. En Santa Cruz de Tenerife estos cineastas se aglutinaron alrededor de las actividades culturales del Círculo de Bellas Artes y en Las Palmas de Gran Canaria fueron acogidos por la Casa de Colón. La prensa prestó atención a la gran cantidad de nuevas cintas que semanalmente se presentaban en las dos sedes, radiándose su difusión desde el centro de las islas capitalinas hacia la periferia del resto de las islas en múltiples ciclos, a partir de un impulso absolutamente altruista e impensable hoy en día. Esta energía creativa contagió a todo el mundo, tanto a los aficionados como a un público general ahído de temas canarios ante la ausencia de una televisión canaria, que en la actualidad ha acabado por atrofiar un sentimiento genuino de la canariedad, reducido a clichés y lanzado a escala planetaria mediante el canal temático que repite una misma imagen tópica de las islas hasta la extenuación. El cine de los setenta también se



adoceno, y pecó de lo mismo que se le puede acusar a los jóvenes cortometrajistas de hoy en día, la sumisión a los estándares más adocenos del cine comercial y el plagio de los modos del cine americano. Pero también surgieron voces discordantes, como los miembros del equipo Neura lagunero, que reescribieron algunos episodios de la conquista con unas buenas dosis de vitriolo en su subversiva *Crónica histórica, la conquista de Tenerife* rodada en el año 1973.

Pero quizás la mejor manera de echarle el pulso a la actualidad sería la de sumergirnos en uno de los acontecimientos cinematográficos más originales de los últimos tiempos, la aparición de un Festival de Cine en el mismo borde del archipiélago, en uno de los lugares más improbables de la tierra, alejado de los centros de producción cinematográficos y que por tres años consecutivos ha reunido a un buen puñado de cineastas venidos de lugares equidistantes de la isla de La Palma, lugar de paso, como en los buenos tiempos, de viajeros que procedentes de Europa se dirigían tanto al continente africano como al americano, punto de encuentro de diversas culturas, una isla con vocación europeísta, atlantista o africanista y que se niega a replegarse sobre sí misma.

## NOTAS

1. Exigían que el empresario abonase la cantidad de 25 pesetas por cada noche de función, recogido en RAMIREZ GUEDES, Enrique (2002): *El espectáculo cinematográfico en La Laguna. Desde sus inicios hasta la guerra civil*, Ayuntamiento de La Laguna, Santa Cruz de Tenerife, pág.19

